

ALGUNOS MENSAJES DE LA GRECIA ETERNA

Es común oír hablar de las virtudes morales del antiguo pueblo romano. Algunas de ellas, tales la severidad, la austeridad, el patriotismo, la piedad (es solo una enumeración muy incompleta), se han hecho lugar común a la hora de alabar los valores de la civilización romana. En el caso de Grecia, al menos desde mi humilde percepción, ha sido más frecuente escuchar cosas referidas al profundo sentido estético de los antiguos griegos, a su educación –basada en la *música* y en la *gimnasia*– y a la extraordinaria originalidad e influencia que tuvo el pensamiento de esas mentes maravillosas (también aquí estoy lejos de agotar la lista de los hallazgos de la luz de la Hélade). Pero quiero mencionar en esta ocasión unos pocos ejemplos, de los infinitos que hay, de textos griegos que nos exhortan a su modo a los modelos de algunas virtudes. Tales textos no los tomo solo de la Grecia antigua, sino también de la Grecia de diversas épocas. No está mal comenzar con Homero.

Príamo era rey de Troya, como bien sabemos. Varios de sus numerosos hijos mueren en esa célebre guerra por Helena. El más valeroso y fuerte de todos era sin duda Héctor, cuyos despojos son llevados por Aquiles, su matador, al campamento aqueo. Hermes conduce a Príamo, después de adormecer a los centinelas con su poder, a la tienda del fiero guerrero. El rey entrega un rescate y pide el cadáver de Héctor, para poder rendirle honras fúnebres.

“A Aquiles le vino deseo de llorar por su padre; y cogiendo la mano de Príamo, apartóle suavemente. Los dos lloraban afligidos por los recuerdos: Príamo, acordándose de Héctor, matador de hombres, derramaba copiosas lágrimas postrado a los pies de Aquiles; éste las vertía, unas veces por su padre y otras por Patroclo; y los gemidos de ambos resonaban en la tienda. Mas así que el divino Aquiles estuvo saciado de llanto y el deseo de sollozar cesó en su corazón, alzóse de la silla, tomó por la mano al viejo para que se levantara, y mirando compasivo la cabeza y la barba encanecida, díjole estas aladas palabras:

‘¡Ah infeliz! Muchos son los infortunios que tu ánimo ha soportado. ¿Cómo te atreviste a venir solo a las naves de los aqueos y presentarte al hombre que te mató tantos y tan valientes hijos? De hierro tienes el corazón. Mas, ea, toma asiento en esta silla; y aunque los dos estamos afligidos, dejemos reposar en el alma las penas, pues el triste llanto para nada aprovecha. Los dioses condenaron a los míseros mortales a vivir en la tristeza, y sólo ellos están descuitados. En los umbrales del palacio de Júpiter hay dos toneles de dones que el dios reparte: en el uno están los azares y en el otro las suertes. Aquel a quien Júpiter, que se complace en lanzar rayos, se los da mezclados, unas veces topa con la desdicha y otras con la buena ventura; pero el que tan sólo recibe azares, vive con afrenta, una gran hambre le persigue sobre la divina tierra, y va de un lado para otro sin ser honrado ni por los dioses ni por los hombres. Así las deidades hicieron a Peleo grandes mercedes desde su nacimiento: aventajaba a los demás hombres en felicidad y riqueza, reinaba sobre los mirmidones, y siendo mortal, tuvo por mujer a una diosa; pero también le impusieron un mal: que no tuviese hijos que reinaran luego en el palacio; tan sólo uno engendró, a mí, cuya vida ha de ser breve; y no le cuido en su vejez, porque permanezco en Troya, lejos de la patria, para contristarte a ti y a tus hijos. Y dicen que también tú, oh anciano, fuiste dichoso en otro tiempo; y que en el espacio que comprende Lesbos, donde reinó Macar, y más arriba la Frigia hasta el

Helesponto inmenso, descollabas entre todos por tu riqueza y por tu prole. Mas, desde que los dioses celestiales te trajeron esta plaga, sucédense alrededor de la ciudad las batallas y las matanzas de hombres. Súfrello resignado y no dejes que se apodere de tu corazón un pesar continuo, pues nada conseguirás afligiéndote por tu hijo, ni lograrás que se levante; y quizá tengas que padecer otra nueva desgracia.’ ”¹

Sobre muchas cosas podríamos reflexionar al leer este extraordinario pasaje. Por ejemplo, está el tópico de la mudanza de la fortuna, la notable concepción de la felicidad o el ancestral respeto por los suplicantes. Pero solo deseo mencionar la piedad. Aunque no se use aquí la palabra *eusébeia*,² que se refiere tanto a la veneración por los dioses como al amor filial y, en forma más amplia, al amor por los semejantes, es evidente que Aquiles practica aquí la ciceroniana *iustitia erga parentes*.³ Homero pone como expresión de esa piedad el llanto, un llanto largo y profuso que derraman viejo y joven, troyano y aqueo, vencido y vencedor. El llanto le viene a Príamo por causa de Héctor muerto; a Aquiles, por una comunión de sentimientos y por una como transmutación, pues ante sus ojos Príamo es como su propio padre Peleo. También en Peleo se dará el cambio de fortuna, pues los dioses lo habían hecho esposo de la diosa marina Tetis y conquistador, junto a Hércules, de Troya; pero luego deberá llorar por la muerte de Aquiles: a todos nos llega el lote común del dolor, y son padres e hijos quienes más lo sienten, por la piedad filial. Además, las cosas del dolor nos agradan en cierto modo, porque tocan el corazón. Ya lo había dicho Ovidio: *est quaedam flere voluptas*.⁴

Todos conocemos a Perseo, el héroe de las sandalias aladas y portador de la cabeza de Medusa, que petrificaba con su aspecto. Pero hablemos un poco de su madre Dánae, hija de Acrisio, rey de Argos. Un oráculo había anunciado que Dánae daría a luz a un hijo que mataría a su abuelo. Por esta razón Acrisio encerró a Dánae en una torre. Allí la joven fue visitada por Zeus, que tomó forma de una lluvia de oro. Acrisio ordenó que Dánae y el vástago –Perseo– fueran arrojados al mar en una suerte de urna. Esta urna flotó hasta llegar a la isla de Sérifo, una de las Cícladas. Allí fueron rescatados por un pescador llamado Dictis.⁵

Ahora bien, de Simónides, un poeta lírico griego arcaico (fl. c. 520 a. C.), tenemos el siguiente fragmento.

Cuando, en el arca fina, sintió el soplo
del viento y la corriente
del mar revuelto, a Dánae
le entró miedo y, con las mejillas húmedas,
se echó sobre Perseo y, abrazándolo,
dijo: “¡Qué pena tengo,
hijo! Pero tu sueño no se turba,

¹ Homero, *Ilíada* 24, 507 ss. (copio la trad. de Luis Segalá Estalella, que traen varias ediciones).

² Para facilidad tipográfica, me valgo de transliteraciones, por más que estas sean imperfectas.

³ Cf. Cicerón, *Particiones oratorias* 78.

⁴ Ovidio, *Tristes* 4, 3, 37.

⁵ Resumen según: G. E. Marindin. *A smaller classical dictionary of biography, mythology, and geography*. London, John Murray, 1947, s. v. ACRISIUS.

y duermes, no pensando
 sino en mamar, en este leño triste
 claveteado de cobre, que en la noche
 reluce, y donde sólo
 la oscuridad azul
 te arropa. No te importan
 ni el agua que te pasa por encima
 sin tocarte el cabello, ni el bufido
 del viento: siempre apoyas
 la hermosa cabecita en la frazada.
 Si te espantara lo que causa espanto,
 ya habrías dado oído a mis palabras.
 Quiero que duermas, niño;
 y que se duerma el mar, que al fin se duerma
 esa aflicción inacabable. ¡Que haya
 un cambio, padre Zeus,
 por tu merced! ¡Ay, si cualquier palabra
 injusta o temeraria hubiese dicho
 al suplicarte, perdónamelo!”¹

Este texto nos da una idea que es frecuente en el mundo griego: muchas veces el saber trae dolor; es mejor una *beata ignorantia* (al menos, un razonamiento rápido podría conducir a la segunda proposición). Todos sabemos que Edipo, al saber que era en realidad matador de su padre y esposo de su propia madre, se arranca los ojos, poseído (“furioso”, podríamos decir). El mismo Sófocles, en su *Áyax*, pone a su héroe diciéndole a su hijo estas terribles palabras: “Sólo te envidio ahora, porque no te das cuenta de ninguno de estos males; pues en el pensar no está el placer de la vida (ya que el no pensar es efectivamente un mal sin pena), mientras no llegues a saber lo que es placer y dolor.”² El poeta trágico escribió también el *Filoctetes*. Este guerrero estaba siendo víctima de una maligna conspiración en su contra. Agobiado por los dolores, queda poseído por el sueño. El coro de la pieza dice: “Sueño que no sabes lo que es dolor, sueño que ignoras las penas, ven a nosotros propicio, ¡oh rey que haces la vida dichosa!”³

Pero la luz de la Hélade no deja de brillar. Por más doloroso que sea el conocimiento, lo preferiremos a las tinieblas y buscaremos a tientas, como podamos, con la valentía del héroe trágico.⁴ En todo caso, es bellísimo el fragmento de Simónides, que contrapone las angustias de la madre y una suerte de descanso en la providencia de los dioses, que es la que cuida a Perseo. Tal providencia la esperan los mortales como una *metaboulía* (v. 23), como un ‘cambio de mente.’ Otra vez el tópico de la mudanza de fortuna, pues ni bienes ni males son eternos.

¹ Cito por: *Líricos griegos arcaicos* (ed. Juan Ferraté). Barcelona, Seix Barral, 1968, fragm. 21.

² vv. 532-536.

³ vv. 827-829. Esta cita y la anterior van por la famosa trad. española de José Alemany Bolufer, que tomo de: Sófocles. *Siete tragedias*, 2ª ed. México, Editores Mexicanos Unidos, 1980.

⁴ *Sapere aude*, decía Horacio (*Epístolas* 1, 2, 40).

En nuestro recorrido, nos detendremos ahora en la Grecia del período bizantino. Páladas de Alejandría, poeta y gramático del s. V, más de una vez se lamenta de su profesión de maestro, que no le reportaba ni honra ni dineros (¡ya entonces los docentes nos quejábamos por nuestra mínima *sportula!*).

Vendo a Calímaco y a Píndaro, y los casos
de la gramática, yo que tengo caso de pobreza.
Doroteo ha puesto fin al salario de mi sustento,
enviando contra mí un impío mensaje. Pero
ayúdame tú, amigo mío Teón, y no permitas
que termine la vida en los lazos de la pobreza.¹

La virtud del *didáskalos*, ‘maestro’, del *rhétor* maestro de retórica’, está dentro de lo que llamaríamos *paideía*, ‘educación.’ Páladas compara aquí sus reveses de fortuna, sus “caídas”, con las “caídas”, los casos de la gramática (tanto en griego como en latín, la palabra *caso* tiene que ver con la idea de ‘caer’). Doroteo debió ser su empleador. Por eso le pide a su amigo, el gramático Teón, que lo ayude en ese momento difícil para su bolsillo. Ciertamente Páladas no habla bien de su profesión, porque dice que ‘La cólera de Aquiles también para mí, / que soy gramático, fue causa de funesta pobreza.’ Sin duda se refiere al comienzo de la *Iliada*, cuya primera palabra es *mênis*, ‘cólera.’ Para ganar su pan, debía soportar la insolencia tanto de sus alumnos como de los padres de los mismos, por poco dinero. Pero lamentablemente nada dijo sobre las cosas buenas de nuestro gremio. Un poeta helenístico, Leónidas de Tarento (s. III a. C.), elogia su trabajo. En efecto, si bien él había nacido en Tarento, la ciudad griega de Italia del sur, viajó por muchas partes para ganarse su sustento como poeta. E hizo una especie de epitafio para sí mismo:

Yazgo lejos de Italia y de mi tierra nativa Tarento,
mi patria: esto es para mí más amargo que la muerte.
Tal es la vida sin vida de los errantes. Pero las Musas
me amaron, y esto me es más dulce que la amargura.
No se ha extinguido el nombre de Leónidas: los dones
de las Musas anuncian mi nombre bajo todos los soles.²

Páladas, además de poeta, era maestro. Esto último sin duda lo ayudaba a dialogar con otros poetas anteriores. Algo parecido a lo de Sócrates, quien, según Platón, tenía esperanza de encontrarse en el Hades con Minos, Radamantis, Homero, Hesíodo, Orfeo y Museo.³ Pues bien, un maestro goza de un anticipo de inmortalidad, pues puede aquí mismo conversar con esos hombres extraordinarios.

La literatura griega medieval nos ha dado una gran epopeya, el *Digenís Akritas*. Este poema anónimo dicen algunos que fue escrito en el s. XI; su autor probablemente era eclesiástico. El nombre del héroe proviene de su doble origen: madre cristiana y padre islámico, si bien convertido al cristianismo. El término *akritas* se aplicaba al

¹ *Antología Palatina* 9, 175.

² *Antología Palatina* 7, 715.

³ *Apología de Sócrates* 41 a-b.

guerrero que peleaba en las fronteras del imperio. Oigamos el *planctus* de los príncipes y jefes ante la tumba del guerrero.

“Mirad dónde yace la audacia del valor,
mirad dónde yace Digenís Akritas,
corona de sus padres, la gloria de todos los jóvenes,
mirad dónde yace la flor de los romanos,
la jactancia de los reyes, el esplendor de los nobles,
el terror de los leones y de todas las fieras.
¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¿En qué se ha convertido tanta valentía?
¡Oh Dios! ¿Dónde está la fuerza y dónde la bravura,
dónde el temor sin igual de su solo nombre?
Porque si el nombre de Digenís Akritas se escuchaba,
sobrecogía a todos un escalofrío y un gran miedo;
tal favor recibió de Dios el joven,
que con su solo nombre ponía en fuga a sus adversarios.
Pues siempre que el héroe salía a cazar,
todas las fieras corrían para cobijarse en el pantano.
Sin embargo, desde hace poco, está retenido por un pequeño
sepulcro, inmóvil, inerte para todo el que lo ve.
¿Quién se atrevió a encadenar al poderoso?
¿Quién tuvo el valor de subyugar al invencible?
La amarguísima Muerte, cómplice de todo,
Caronte, el tres veces execrable y porteador común,
el insaciable Hades, los tres asesinos de hombres,
los tres despiadados, los que toda edad
y toda belleza consumen, los que arruinan toda gloria.”¹

Elegí este paso porque, si bien no narra batallas ni hazañas, no omite mencionar la pasada grandeza del Digenís.² No obstante el autor nos muestra la profunda ironía: toda grandeza humana se hace pequeña, como el polvo de una tumba, ante la muerte. Thánatos,³ Hades y Caronte, el barquero infernal, son nombres que provienen de la mitología. Esta curiosa tríada no distingue ni al joven ni al viejo, ni al rico ni al pobre, ni al bello ni al feo. Todos seremos igual en el Hades, que todo lo iguala. Aquiles allí es solo una calavera.⁴ El poeta nos invita entonces a meditar sobre la vaciedad de toda humana gloria

¹ 8, 249-272. Modifico muy ligeramente el texto: *Basilio Digenís Akritas* (introd., cronología, bibliogr., notas y trad. Juan Valero Garrido). Barcelona, Bosch, 1981. Para alguna otra información sobre este poema, cf. <http://www.santiagoapostol.net/grammaticus/modules.php?name=News&file=article&sid=26>.

² Esto es, lo que podríamos denominar *alké*, ‘fuerza’, que se aplica tanto al vigor físico como al anímico, a la manera de la *virtus* latina.

³ Además de ‘muerte’, Thánatos es la Muerte personificada, tal como aparece en el prólogo de la *Alceste* de Eurípides y en el *Áyax* de Sófocles (v. 854).

⁴ Así testimonia el matador de Héctor en “Aquiles y Antíloco”, nº 15 de los *Diálogos de los muertos* de Luciano de Samósata: “Yo ignoraba lo que aquí había, y no sabiendo cuál de las dos cosas era mejor, preferí esta gloria miserable y raquíca a la de la vida. Ahora comprendo cuán inútil es, a pesar de lo que arriba cantan los poetas. La igualdad reina entre los muertos: ni la belleza, Antíloco, ni el poder nos acompañan aquí; todos yacemos de igual modo sumergidos en esta oscuridad, sin distinguimos en nada los unos de los otros: ni los muertos troyanos me temen, ni los griegos me obedecen; la igualdad es absoluta; un muerto es idéntico a otro muerto.” Cito por: Luciano. *Diálogo de los muertos* (trad. Federico Baraibar y Zumárraga). Buenos Aires, CEAL, 1970, p. 34.

La literatura griega moderna ha expresado con frecuencia su patriotismo y exaltó el valor del combate por la libertad. También encontramos en ella el sentimiento de nostalgia del emigrado. Pero, por supuesto, no son estos sus únicos temas. Tomemos nada más un ejemplo del laureado Odiseas Elytis (1911-1996), el poema “Lacónico”:

La aflicción de la muerte me ha incendiado tanto, que mi resplandor
[retornó al sol.

Él me envía ahora a la sintaxis perfecta de la piedra y del éter,

Entonces, el que yo buscaba, soy.

¡Oh, verano de lino, juicioso otoño,

Ínfimo invierno!

La vida paga el óbolo de la hoja de olivo

Y en la noche de los insensatos, con un pequeño grillo,
confirma otra vez la legitimidad de lo Inesperado.¹

Ya se sabe que la poesía moderna no suele gustar de las interpretaciones unívocas. En mi humilde lectura, me apoyo en lo que escriben Anghelidis y Cócaro. Para ellos este poema “se presenta, a primera vista, como una confesión dicha en voz baja, para que, en estos remordimientos, el poeta, que ahora sabe, por fin, quién es, pueda oír el canto del grillo, tal vez metáfora de la libertad más ansiada.”² En todo caso, me parece claro que la extrema sobriedad (le viene bien el título *Lacónico*) es anhelo de la simplicidad esencial. La Grecia eterna se manifiesta en “el óbolo de la hoja de olivo.” Los suplicantes solían portar ramos de olivo; por otra parte, a los muertos se les ponía un óbolo en la boca, como precio del pasaje pagado a Caronte, para cruzar la laguna Estigia. Creo –repito, desde mi humilde lectura– que nuestra búsqueda de lo esencial debe pagar la virtud de lo sobrio, de lo despojado, casi diría de la *ascesis*. Quizás esta virtud de lo sobrio haya sido la causa de la noble simplicidad y serena grandeza que para algunos estudiosos –pienso en Winckelmann³– caracterizó a las obras maestras griegas.

No está mal pedir a un poeta no griego que ponga fin a nuestro itinerario espiritual. Pero no se trata de un poeta sino de una poetisa. En efecto, en una antigua revista leo el artículo “Una fiesta escolar.” Allí dice que la Escuela Argentina GRECIA, sita en la calle Condarco 3984, de la Ciudad de Buenos Aires, celebró el aniversario patrio griego del 28 de octubre de 1940 con una ceremonia, de la que participaron alumnas de dicho establecimiento y también alumnos de la Escuela Idiomática de la Colectividad Helénica. Asistieron incluso personalidades de la Embajada y de instituciones helénicas, y hasta el Arzobispo de la Iglesia Ortodoxa Griega en América,

¹ Copio la trad. de Nina Anghelidis (con la colaboración de Nicolás Cócaro), en: Odiseas Elytis. *Seis y un remordimientos para el cielo*. Buenos Aires, 1982, p. 37 (ed. auspiciada por la Embajada de Grecia).

² *Ob. cit.* p. 14.

³ Cf.: E. M. Butler. *The tyranny of Greece over Germany*. Boston, Beacon Hill, 1958, p. 46.

Monseñor Iácovos. Después de las banderas de ceremonias, los himnos nacionales y los discursos pertinentes, siguió un espectáculo con canciones y bailes folclóricos de ambos países. Como conclusión, “la alumna del 7º grado Irene Beatriz Di Lello, cuya poesía sobre Grecia fue premiada como el mejor trabajo presentado sobre dicho país, declamó sus versos que el público aplaudió con emoción.” Copio lo que escribió entonces esa niña, quien ahora sin duda peina canas.

Luces de plata iluminan tu historia,
historia de sabios, filósofos y héroes,
cuyos nombres esperan
en la cumbre de la gloria.

El tiempo, cual sombra de olvido y tinieblas,
transcurre incesante dejando pasar
la grandeza infinita de un pueblo inmortal.

La rosa se marchita y se olvida ya,
la pena se cura y no se recuerda más.

Pero a ti, Grecia, no podrán olvidarte,
aunque el sol se oculte y no regrese jamás.¹

A pesar de su tierna edad, Irene diferenciaba muy bien los valores. En efecto la tercera estrofa, muy horaciana, nos dice que hay cosas que no son permanentes: ‘las muy breves flores de la amena rosa’² y las penas y otros estados anímicos.³ En cambio la luz de la Hélade no morirá –sigamos con Horacio.⁴ Tiene la inmortalidad de la fama, dada por el espíritu.

He dado en estas líneas ejemplos de algunos valores que proponen, cada uno en su circunstancia, distintos autores griegos. Pero creo que hemos podido ver también que esos mensajes no se agotaban en el pasado, sino que formaban parte de la Grecia eterna. En este sentido, nuestra conclusión no pretende ser única ni original, pues han sido infinitas las lecciones que nuestra madre espiritual nos dio. De todos modos, en vez de señalar –dijimos al principio– cierto sentido de belleza, de armonía y proporción, o las honduras filosóficas, elegí lugares que tenían que ver con ciertas virtudes, con ciertos mensajes morales. Creo que esta *paideía*, que continúa en toda la historia de este pueblo divino, no ha perdido nada de su importancia; al contrario, parece más fuerte cada vez. Y sin duda hay que considerar con seriedad tales enseñanzas, pues proceden de quienes –desde el llamado Período Heládico Medio, hace unos 4000 años– no han cesado de hablarnos, con palabra escrita o con memorables monumentos.

Raúl Lavallo

¹ Tomo esto de: *Grecia de ayer, de hoy y de siempre* (publ. de la Sección Cultural de la Embajada Real de Grecia en Buenos Aires), nº 15, dic. 1969, pp. 42-43.

² Horacio, *Odas* 2, 3, 13-14.

³ Cf. Horacio, *Odas* 2, 3, 1-8.

⁴ Cf. Horacio, *Odas* 3, 30, 6-14.